

ALFONSO PÉREZ SÁNCHEZ, MAESTRO Y AMIGO

(Santiago Páez, Elena)

Maestro y amigo, nada puede resumir mejor que estas dos palabras que encabezaban una esquila anunciando su muerte, lo que Alfonso Pérez Sánchez ha sido para muchos de los que tuvimos el privilegio de conocerle. Sus conocimientos en todos los campos relacionados con las humanidades no solo eran vastísimos sino también muy sólidos y profundos, y Alfonso tenía el don de saber transmitirlos y compartirlos con la mayor generosidad con todo el que quisiera aprovecharlos.

Conocía como nadie la cultura española, la poesía, el teatro, la música, el arte; había leído todo, escuchado todo y visto todo, y todo lo había absorbido y disfrutado con pasión; y esa pasión por las cosas bellas la contagiaba y la compartía con los demás. Pero, junto a ese Alfonso apasionado, vitalista y divertido, había otro rigurosamente analítico, ordenado mental y físicamente, un trabajador incansable que no desaprovechaba un momento; sus libros, sus catálogos, sus artículos son esencia pura, nada sobra en ellos, no hay una palabra de más en su inmensa bibliografía.

Siguiendo la estela de su maestro, don Diego Angulo, puso los cimientos para el estudio de muchos aspectos del arte español y de muchos artistas que habían permanecido en el anonimato por no ser figuras punteras, pero sin cuya obra la historia del arte de ese periodo o ese lugar estaría incompleta y, por lo tanto, no sería verdadera; tuvo la honradez profesional de no dedicarse solo a los artistas archiconsagrados sobre los que se especula hasta su manera de respirar, sino de ir tejiendo el entramado real en el que se han movido los artistas a lo largo de los tiempos, los genios, los grandes y los no tan grandes.

Era un verdadero maestro que realmente guiaba los trabajos de sus alumnos, leía lo que escribían, corregía los errores, sugería el camino que convenía seguir, compartía la información que pudiera serle útil y siempre estaba dispuesto a ayudar a quien le pidiera un consejo o una orientación.

Pérez Sánchez tenía las cualidades imprescindibles para adentrarse en un terreno, sin duda, el más difícil de la historia del Arte, el del dibujo; sólo habiendo visto miles de cuadros, teniendo una memoria visual fuera de lo común, una rigurosa capacidad de análisis y una gran sensibilidad se pueden estudiar e identificar estas obras de arte que son la expresión más auténtica, espontánea, viva y variada de cada artista y, por lo tanto, más difícil de codificar. Su *Historia del dibujo en España* de la editorial Cátedra, con apariencia de un modesto manual, seguirá siendo durante muchos años la obra fundamental para cualquier investigador en ese campo.

Cuando le sobrevino la terrible enfermedad que le privó de la palabra y del movimiento, Alfonso Pérez Sánchez estaba en su mejor momento, ya libre de sus obligaciones docentes a las que había vuelto tras su cese como director del Museo del Prado por haber firmado una carta más contra la guerra, esta vez la de Irak. Estaba haciendo lo que más le gustaba, catálogos de exposiciones, cada uno de los cuales era una monografía que abría un nuevo camino para la investigación o el entendimiento de un periodo o profundizaba con nuevas aportaciones en la vida o la obra de un artista. Todos esperábamos y deseábamos que, en algún momento, escribiera el libro que

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XVI, 62 (septiembre-diciembre, 2010)

sintetizara su profundo conocimiento de la historia del Arte español, fruto de tantos años de trabajo.

No ha tenido tiempo de hacerlo, pero ha dejado tras de sí muchos discípulos y amigos para los que su honradez científica y personal, su generosidad y su laboriosidad serán siempre un ejemplo digno de seguir.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XVI, 62 (septiembre-diciembre, 2010)